



## El Calvario de Pontchâteau alberga una casa de la renaissance

**PONTCHÂTEAU, Francia** - Un artículo extraído de la revista francesa «Famille Christiana» n. 2280 (autor Olivia de Fournas) presenta cómo la casa del Sicomoro situada en el Calvario de Pontchâteau, permite a personas psicológicamente heridas vivir en un marco familiar y espiritual.

El Sycomore aparece de entrada como una casa no conformista. En el exterior, este antiguo «refugio del peregrino» está revestido de un revoque cansado y una ampliación desigual resultantes de dones. La casa acaba de fijar su domicilio. El edificio está situado en el santuario de Pontchâteau, propiedad de los Misioneros Montfortianos que animan este lugar de Peregrinación. Queda por financiar una habitación llamada PMR, para «persona de movilidad reducida» y el Sicomoro tendrá su rostro casi definitivo. Fuera, este lugar único implantado sobre una hectárea toma aires de jardín del Edén con su huerto, su taller de carpintería y sus animales de la granja.

La apariencia del lugar refleja su espíritu atípico. El Sicomoro propone en efecto una vida sencilla compartida entre personas heridas psicológicamente. A diferencia de otras estructuras de este tipo, no duda en mostrar su carácter confesional. Esta opción fuerte, puesto que implica renunciar a las ayudas públicas, se caracteriza por tiempos de oración y un modo de vivir en una dependencia asumida de la Providencia.

A la cabeza de la casa, Patrick y H el ene Rougevin-B aville. Antes de instalarse, en septiembre de 2019, este antiguo educador especializado trabajaba desde hace veintid os años en los Apprentis d'Auteuil. Su esposa H el ene, una enfermera, era voluntaria en la Tilma, asociación para jóvenes embarazadas. Los padres de siete niños buscaban un lugar para acoger a Luis María, su sobrino, aquejado de problemas autistas que alojaban de vez en cuando en su casa, de Vannes, y con quien descubrieron «la alegría de la acogida». La Providencia ha facilitado la tarea de los dos Pastores en el camino de Santiago poniendo ante sus ojos «La Aldea de San Jos e: Y todo es posible» (Nueva Ciudad), obra en la que Katia y Natanael evocan la creación del primer Pueblo San Jos e, en Ploun vez-Quintin (C tes d'Armor). Después de conocer a la pareja fundadora, los Rougevin-B aville visitan la casa de Pontch teau. El lugar está situado a pocos metros de un calvario, erigido por San Luis María Grignon de Montfort... el santo patrón de su sobrino. Una señal clara para estos dos creyentes.

### **UNA CASA ABIERTA A TODOS**

Los cónyuges viven ahora con siete residentes que sufren lesiones psíquicas. A ellos se añaden Nicodemo, su último hijo de 10 años, el seminarista Benito en prácticas de un año, voluntarios, consagrados de paso... porque la casa está abierta a todos. A veces ni siquiera conocen la discapacidad o la fragilidad de la que está afectado. Para la persona recibida, generalmente catalogada como bipolar, depresiva, agotada o alcohólica, es un alivio no ser reducida a una palabra que inspira desconfianza desde el principio. Por otra parte, la evocación del pasado es desaconsejable dentro de la casa. «No me han pedido mi historia, ni certificado de bautismo, ni tarjeta Vitale, ni vacuna, de lo contrario no me habría quedado», afirma Eric. A su llegada, este grandullón delgado pesaba 150 kg y se alojaba regularmente en psiquiatría. Hoy, «vuelto en forma» después de varias estancias, este padre de familia acaba de instalarse en piso compartido, no lejos de Pontch teau. Permanece muy ligado a la casa, donde trabaja regularmente en el taller de carpintería. Eric no es el único antiguo residente que guarda vínculos. El polaco Arek, que llegó a Francia a los 23 años, llegó «enfermo alcohólico» al Village Saint Joseph de Ploun vez-Quintin. Durante ocho meses, este trabajador remodela la casa antes de que se le proponga ser asalariado. Cuatro años más tarde, en 2016, creó su propia empresa de construcción, y no ha tocado una gota de alcohol en diez años. En particular, es él quien gestiona los trabajos del Sicomoro. « La presencia de las personas, la oración y el trabajo hacen milagros», afirma el artesano. Con el boca a boca y la multiplicación de las casas del Village Saint Joseph en Francia, una veintena de personas al mes solicitan una habitación en el Sicomoro. Pero los Rougevin-B aville se niegan a establecer una lista de espera. El Espíritu Santo hace bien las cosas, según la confesión de Patrick. Cuando se libera una plaza, una semana de descubrimiento para el que desea venir al Sicomoro permite a las dos partes comprobar si pueden coexistir.

### **NO SE MUESTRA OBJETIVO**

Helena subraya que la vida fraterna a veces los agota, pero ningún encuentro les repugna. Llev ndolos al fin de sí mismos, los emociona y los hace más escuchados. Ella ensancha su corazón, como Zaqueo, el personaje bíblico que subió a un sicomoro para ver a Jesús, antes de dejarse tocar. El trabajo, que está a cargo de la comunidad, dura tres horas por la mañana y otras tantas por la tarde. Consiste en crear mosaicos y objetos de madera (en este momento, un Ambon para el coro de la capilla) para el mercadillo de Navidad, preparar la comida, y sobre todo ocuparse del jardín que asegura la subsistencia de la familia. Louis-Marie, con sus problemas autistas, participa en la medida de sus medios, colocando las sillas sobre la mesa para pasar la escoba, por ejemplo. No se muestra ningún objetivo. «Eficacia» o «competencias» son palabras que Patrick pronuncia con la punta de los labios, como si

estuvieran minadas. Porque una estancia en el Sicomoro no tiene como objetivo una reinserción social o profesional, sino el despliegue de un cotidiano en armonía con la Creación, instante tras instante. «Juan y María, al pie de la cruz, no hacían otra cosa», insisten los dos oblatos de la comunidad de San Juan. Es esta vida sin otro fin que el de servir a Dios simplemente, en el regadío humilde de un jardín, el pelado de las manzanas o el trabajo de la madera, que podrá devolver la confianza y la alegría a los residentes. En la gran sala de los mosaicos, cuando los fragmentos coloreados son elegidos, rotos, pegados sobre un soporte y la junta colocada, el aspirante a artesano también ha reconstruido su dignidad. Poco a poco, se está entrenando para contemplar la tierra según el ritmo de las estaciones. Vive así según "Laudato sí", cuyo sentido profundo estudia Patrick, indexado en la plaza central del hombre «Se puede vivir intensamente con poco, sobre todo cuando uno es capaz de apreciar otros placeres y se encuentra satisfacción en los encuentros fraternos, en el servicio» (n. 243). Los residentes también aprenden a vivir el momento presente, y así establecen su curación en el tiempo largo. Los que no logran sumergirse a este ritmo estacional a menudo eligen irse. Arek está convencido de que confiar sólo en sus fuerzas es inútil. Testifica que encontró trabajo en el momento en que se entregó a la voluntad de Dios. «Si quieres hacer reír al Buen Dios, háblale de tus planes», suelta a modo de explicación, aunque este gran trabajador no descuide su parte. Para él, los proyectos pertenecen al mundo de las prisas que mira con una pequeña sonrisa y mucha misericordia. El futuro ya no es una preocupación.

### **«ME IRÉ CUANDO LLEGUE EL MOMENTO»**

Los Rougevin-Bâville no saben por cuánto tiempo estarán en el Sicomoro, sus protegidos también. «Me iré cuando llegue el momento», afirma Gaëtan, un residente, cuando le hacen la pregunta. Hay que decir que Patrick y Hélène dan ejemplo. Hace algunos meses, la obra se detuvo por falta de dinero. Entonces rezaron a san José contratando una novena. Balance: un caminante vino a sonar una noche, reclamando asilo. ¡He aquí la respuesta magistral del santo! , sonríe Patrick. ¡Venimos a pedirle dinero, nos da un residente!» Para el responsable de la casa, el mensaje es claro: cuiden de los pobres, Dios se encargará del resto. El cheque de los padres de un antiguo miembro del Village llegó poco después. Vivir sin preocuparse por el mañana les permite centrar su atención en lo esencial: Dios. ¿A menos que sea lo contrario?

Estoy seguro de que su presencia aquí radica en la oración fiel de la mañana. El antiguo chiringuito transformado en capilla, donde acaba de ser colocada una vidriera cuidadosamente elegida, es el marco de su vida fraterna. Adoración, rosario y misa contribuyen también a hacer de los habitantes seres «arraigados y agradecidos a Dios» lo que quiere Patrick. La presencia en el santuario de cinco misioneros montfortianos, de dos hermanos de San Gabriel y de las religiosas Hijas de la Sabiduría permite desarrollar la vida de fe. El padre Santino pasa regularmente y una religiosa acompaña a Dorothy, una residente que ha pedido el bautismo. «Cada uno aprende a dejarse amar y luego consentir a su realidad, esperando un día saber reconocer que ella es incluso una gracia», piensa Patrick. Este camino de aceptación es la obra de una vida, en la peregrinación llena de emboscadas que los residentes aún deben recorrer. El Sicomoro espera simplemente ser una parada, un «refugio del peregrino» en su camino hacia el Reino.

*Olivia de Fournia*